

# A los que no ven

— CARTA ABIERTA A LOS ENCICLOPEDISTAS —

LINA MERUANE



HABITAR LA DEMOCRACIA

7K  
34  
OC  
φΔ

**A los que no ven**  
- CARTA ABIERTA A LOS ENCICLOPEDISTAS -

LINA MERUANE



# La luz en nuestras manos

## PRÓLOGO

GONZALO ALBERTO PÉREZ

Presidente Grupo SURA



**H**ay luz en las palabras. Por eso pensamos, preparamos y publicamos libros que buscan iluminar el tiempo que vivimos. En momentos de incertidumbre la lectura es buen camino para encontrar certezas. Cuando para avanzar en la noche llevamos en las manos una lámpara, una linterna, la oscuridad queda detrás de nosotros y en frente se abre la posibilidad de dar pasos firmes. Esto mismo hizo la *Enciclopedia* francesa, en la que se empeñaron tanto Denis Diderot y sus colegas: dejar siglos de oscurantismo atrás y marcar la entrada al Siglo de las Luces. El pensamiento lúcido ordena el mundo.

Cada nuevo volumen de la colección editorial *Habitar*, de SURA, propone un diálogo entre el pensamiento de otras épocas y las ideas contemporáneas. Esta serie nos confirma la vigencia de obras y autores que, desde el humanismo, marcan rutas para habitar mejor este mundo, para habitarlos mejor como sociedad. *Habitar la virtud* (2023), *Habitar las contradicciones* (2022) y *Habitar la complejidad* (2021) son evidencia de este propósito nuestro.

En sus manos está hoy *Habitar la democracia* (2024), una conversación renovada entre Diderot y nueve autores más de su tiempo con Lina Meruane, reconocida escritora chilena que interpreta y acerca los postulados de estos maestros franceses para hablar a un instante histórico en que tener los ojos abiertos no nos previene de ciertas cegueras.

Las páginas de esta cuarta entrega nos invitan a mirar despacio, como quien escucha un silencio con atención, con la certeza de que en la simplicidad se abriga la sabiduría y en lo simple reposa siempre la belleza.

¿Cuántas veces dos personas no logran entenderse mientras hablan en un mismo idioma con palabras cercanas? La raíz del nudo que entorpece una conversación radica, en tantas ocasiones, en la falta de un diccionario común para establecer acuerdos sobre los sentidos y significados de las palabras que usamos. Veintiocho palabras han sido escogidas de la *Enciclopedia* y adaptadas como aporte a la conversación necesaria que asoma entre nosotros cuando la democracia sigue siendo vínculo, herramienta y sistema para hacer posible una vida en comunidad.

La democracia es consecuencia de tantísimos pensamientos constitutivos. La democracia —inacabada e imperfecta por definición— nos ofrece la posibilidad de que sea mejor por eso mismo: porque se sostiene como obra en constante construcción. La democracia es evolutiva y, por tanto, dinámica: un espejo en que también puede reflejarse lo mejor de nosotros.

El enciclopedismo nos legó esa posibilidad como experiencia colectiva y allí radica su particular riqueza. Es la suma plural de visiones, cosmovisiones y estudios que se transforman en conocimiento compartido. Lo que hemos logrado como sociedad civilizada, en tantos órdenes, desde lo social hasta lo económico y pasando por lo político, tiene su base en este movimiento cuya luz nos alcanza a tocar hoy. Decía María Teresa Uribe, sabia socióloga colombiana, que la falta de ilustración nos lleva a tomar decisiones fatales. Conviene detenerse en esta observación: mientras más ilustradas son las personas, menos empatizan con los absolutismos y con toda sombra que se le parezca.

Cuando habitamos un pensamiento, también habilitamos la comprensión para que el discurso democrático y la participación ciudadana puedan darse desde el entendimiento común.

Ya hemos convenido que diversidad es pariente cercana de riqueza, por tanto, los pensamientos distintos son bienvenidos para lograr una conversación versada, informada y, más importante, formada.

Al margen de la razón alfabética, esta antología de la *Enciclopedia* nos amplía comprensiones en clave de nuestro tiempo acerca de veintiocho acepciones cuidadosamente adaptadas como *anarquía* y *ciudadano*, *derecho* y *justicia*, *optimismo* y *serenidad*.

Ante estas palabras y adentrándose en contextos históricos sobre los autores de la *Enciclopedia* es que Lina Meruane establece su argumentación en *A los que no ven* como carta abierta que reúne y resume una interpelación razonada dirigida a quienes dieron tinta a los pensamientos de avanzada para su época. Una carta escrita por episodios desde el presente que, también, es consecuencia del tiempo fundado por aquellos pensadores franceses que comenzaron esta revolución de las ideas desde la mesa de un café. El café Procope, abierto en París en 1686, que continúa tan abierto como vigentes muchas consideraciones consignadas en la *Enciclopedia*.

Y con esto, hoy podemos preguntarnos: ¿quiénes son los pensadores de este instante de la humanidad que llevarán luz a las generaciones que aún no han nacido?, ¿dónde se está escribiendo la enciclopedia de los nuevos tiempos?, ¿cuáles son las ideas que renovarán el pensamiento universal?

Hay quien dice que las respuestas a estas preguntas están sucediendo al momento mismo de ser pronunciadas, parece que esta es la nueva velocidad de las cosas. Pero es justo cuando

asoma el adanismo como estrategia de refundación de lo ya existente que cobran un especial valor la pausa, la reflexión, la mirada atrás para encontrar luces.

Y esa luz cruza por palabras como *igualdad*, cada vez más necesaria en un mundo cruelmente desigual. «*A la democracia debemos exigirle que habilite un mejor vivir para todos*», dice Meruane, quien nos recuerda y confirma que el pensamiento —por fortuna— no es materia estática, que las ideas son un territorio compartido en crecimiento.

Como humanidad hemos dejado atrás el oscurantismo, seis siglos de Edad Media en que dogmas y prejuicios no permitían controversia. La iluminación está acompañada de una palabra como moderna piedra filosofal: educación. Nacen aquí nuevos ríos de pensamiento que nos imponen por desafío llevarlos limpios al mar. Solo así descontaminaremos la conversación democrática de las desinformaciones con que se cubre ahora la mentira para presentarse como argumento en la deliberación pública y ciudadana.

«*La libertad consiste en el poder que tiene un ser inteligente de hacer lo que desea, según su propia determinación. Se puede decir, aunque de forma imprecisa, que hacemos uso de esta facultad en los juicios que emitimos sobre las verdades y las mentiras*», se lee en la *Enciclopedia* en uno de los apartados en que define *libertad*, palabra que no se distancia de la responsabilidad como parte de su ejercicio.

Pensar en voz alta no puede ser fuente de peligro como ocurrió con Diderot, condenado por autoridades de su época y sometido a constante censura por la promulgación de su obra.

Son tiempos para considerar el poder de la sabiduría más que la sabiduría del poder solo por el hecho de ser poder.

Volviendo a la *Enciclopedia*, aquí cabe hablar de *ignorancia*: «... *Finalmente, otras causas de ignorancia son nuestra pereza, nuestra falta de atención y nuestro poco interés en reflexionar*». Esto nos da la certeza de que la primera forma para vencer la ignorancia está en ejercer la curiosidad y el interés. Que hoy los teléfonos sean «inteligentes», que la inteligencia ahora pueda ser hasta «artificial», no significa que renunciemos a la inteligencia natural. Cuando en la penumbra un ciego lee un poema, en sistema braille, con la yema de sus dedos sobre el relieve repujado en las páginas de un libro es cuando tiene luz en sus manos.

La democracia —imperfecta, ya lo hemos dicho— es una de las mayores riquezas que habitamos y de la que se derivan oportunidades de futuro como sociedad. Por eso cuidarla y preservarla es tarea conjunta, compromiso ineludible desde la condición de ciudadanos que compartimos. *Habitar la democracia* busca ser ante sus ojos un haz de luz, una invitación a la conversación, a partir del pensamiento crítico y ordenado para comprender y comprendernos.

Finalmente, esta serie editorial expresa nuestro compromiso desde SURA de pensar con otros para construir entre todos. Esto implica abrir espacios, siempre desde el respeto, a pensamientos diversos y desafiantes, con los que autores contemporáneos interpretan desde su mirada particular, su voz y su historia, asuntos que son relevantes para la sociedad a lo largo del tiempo. Esto también es *Habitar la democracia*.

# A los que no ven (Carta abierta a los enciclopedistas)

LINA MERUANE

A LOS QUE NO VEN

*Si alguien grita: «Tengo la verdad de mi lado», yo puedo gritar más fuerte: «Soy yo quien tengo la verdad de mi lado»; pero además diré: «¿Qué importa quién esté equivocado, si tú o yo, mientras haya paz entre nosotros? Si soy ciego, ¿por qué tendrías que darme un puño en la cara?».*

Diderot sobre la *intolerancia* en la *Enciclopedia*

LINA MERUANE

## ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:

Sé que están muertos, muertos desde hace siglos. Sé que no puedo esperar respuesta a esta larga misiva: no la recibirán, no la verán, no van a leerla desde un más allá cuya existencia, ustedes, hombres laicos, pragmáticos, materialistas, impugnaron.

Sospecho sin embargo que de estar vivos tampoco hubieran leído esta carta; estoy bastante segura de ello, y convencida de que ese no leer no tendría como excusa un problema de lengua. No sufrían ustedes de impedimentos lingüísticos. Es de sobra sabido que, además del francés formal en el que escribieron, a lo largo de tres décadas, los veintiocho volúmenes de la *Encyclopédie*, muchos de ustedes eran políglotas: habían aprendido idiomas antiguos en los años de su educación (el griego y el latín descartados hace mucho del currículo escolar) y lenguas modernas como el inglés en que se estaban redactando los tratados más liberales de la época. Entre ustedes, el heterodoxo Diderot, artífice del monumental inventario ilustrado, se enseñó el italiano, lengua que, a mi oído y a mi ojo, es aún más cercana al español que el francés. Así, aunque las lenguas de España se les hubieran quedado en el tintero, con algo de voluntad podrían haber descifrado el impostado verbo castellano en el que les escribo.

Ya arriesgué una conjetura, más bien una convicción; ahora insisto en ella: aun estando vivos, señores, aun pudiendo traducir mis palabras, no me hubieran leído. ¿Por qué podría haberles importado someter sus ojos vetustos a este discurso, a esta verdadera perorata proveniente de un país que ni país era en el siglo XVIII, un país que por los años de la *Enciclopedia* era un reino

insignificante de las Indias españolas, sin rango de virreinato, apenas una capitanía general, una faja de tierra inclemente —desértica por el norte, fría e irredenta por el sur—, un paisaje sin oros ni platas ni piedras preciosas ni alucinadas pirámides?

¿Por qué se interesarían en leer observaciones enviadas desde ese *Chili* que ni siquiera cuenta con un artículo entre los miles que ustedes consignaron, ese *Chili* solitario entre millones de palabras, que surge de refilón en la escueta entrada sobre *Amérique*, junto a accidentes geográficos y frutos de la tierra y plantas como la argentina? No le regalaron ni un adjetivo que distinguiera a Chile de México o Perú o Paraguay, de la Tierra Magallánica o el Brasil ni menos de la inexistente Colombia.

¿Por qué leer el alegato de esta ensayista de la *Amérique* que no estudió ni filosofía ni política ni es persona de ciencias y oficios como lo fueron ustedes, ni menos una aristócrata como lo fue el barón D'Holbach o como el tenaz caballero De Jaucourt? (¿Saben, quienes abandonaron la empresa a medio andar, siguiendo la renuncia del intempestivo D'Alembert, que De Jaucourt lo reemplazó como editor y se volvió el más prolífico de los enciclopedistas? El noble persistió en ella hasta volverse su «esclavo»; venció con sus 17.000 y tantas entradas incluso al incansable Diderot, que *solo* firmó 5.637 (aunque quizás hubiera compuesto más de 6.000). ¡El noble del que ustedes se burlaban por su falta de vuelo intelectual aportó una cuarta parte de la obra sin cobrar ni una libra por los litros de tinta sulfatada y el papel de algodón, las infinitas velas de grasa, la asistencia de diversos secretarios y su propio ardor!).

¿Por qué leer, repito, majadera, a una mujer cuando ustedes ni siquiera reconocieron a sus propias pares? Los imagino levantando

las blanqueadas cejas antes de decir, como si esto los justificara, que hubo al menos ciento cuarenta manos entre escrituras y estampas, demasiadas manos, demasiadas mentes como para identificarlas (¡en una obra que no hace sino nombrarlo todo!). Los veo asimismo desestimando las posibles aportaciones de aquellas mujeres que sin duda leyeron, resumieron y redactaron entradas (o las grabaron) junto a ustedes. Les levanto mi dedo acusatorio: ese afán por desautorizar la colaboración ajena hace difícil establecer hoy en qué medida incidieron en ese compendio del pensamiento ilustrado mujeres como la marquesa De Jaucourt (cuñada del caballero) o madame Delusse o las iluminadas Susanna Verdier, Jeanne Antoinette Poisson (luego marquesa de Pompadour) y madame D'Épinay, una leal al círculo enciclopédico.

Y por qué iban ustedes a leer los cuestionamientos (en esto hasta les hallaría razón) de una que no se dio el trabajo de repasar entera la obra más célebre del siglo XVIII, las acaso setenta y dos mil entradas que pretendían definir, instruir, popularizar, comentar y juzgarlo todo, esas entradas desplegadas alfabéticamente con el fin de desjerarquizar el conocimiento, dinamizarlo y poner en diálogo las distintas instancias del saber. Pido disculpas por no darme el trabajo, pero no dispongo ni del tiempo ni de la motivación para estudiar las dieciocho mil páginas de definiciones de los primeros diecisiete volúmenes ni de revisar, concienzuda, las otras diez mil hojas de los once tomos de dibujos que, sospecho, solo Diderot leyó completas para corregirlas.

El dedicado Diderot, que definió la *ignorancia* como la «carencia de conocimientos que tenemos sobre algo o la falta de elementos suficientes para formarnos un juicio al respecto», me acusaría

de ser una ignorante «reprochable»: me llamaría «perezosa» y «desatenta». Pero no se me conoce como persona perezosa, sí como profesional y práctica, y yo usé esta obra interdisciplinaria como lo que es: material de consulta. Revisé los conceptos que respondían a mis inquietudes auxiliada por el veloz buscador francés de la *Encyclopédie*, y leí, como quien estudia, la cuidada selección de términos que configuran en ese «diccionario razonado de las ciencias, artes y oficios», la idea de democracia.



#### SEÑORES ILUSTRADOS:

Dejo ya los rodeos retóricos de mi preámbulo y voy a lo que iba: el motivo de este escrito quejumbroso es la *democracia* y su dramático devenir. Lo que me mueve es examinar ese sistema de gobierno cuya estructura vislumbraron en la antigua Atenas y la vieja Roma. Me propongo interrogar el sueño democrático que ustedes, iluministas, vieron como sistema superior al monárquico y asociaron al progreso de la humanidad. Es solo que la promesa de un mejor vivir juntos, al alero de un gobierno de todos y para todos que hemos dado en llamar democracia liberal, no se ha cumplido.

No de manera progresiva y suficiente.

No sin contrariedades: la democracia está sufriendo un crítico retroceso.

Imagino que, si pudieran, rebatirían mis argumentos con los suyos que siempre serían más: ustedes, que eran tantos, tendrían diversas consideraciones que defender. Me dirían que estadísticamente hoy hay menos hambre de la que hubo, menos desnutrición, menos enfermedades incurables y más vacunas, mejor medicación, techos más sólidos para la gente más vulnerable. A eso respondería yo que no existe una correlación necesaria entre la democracia y esos adelantos: muchas mejoras ocurren bajo regímenes autoritarios que financian las ciencias o copian los avances de otras naciones sin invertir en la soberanía popular ni en la libertad ciudadana ni menos en la igualdad ante la ley. A eso agregaría que los promedios tienden a encubrir las circunstancias más precarias, sobre todo cuando existe tal desigualdad de riquezas en el mundo.

Los imagino asimismo argumentando que bajo las actuales democracias las gentes comunes viven mejor que en la anarquía o en la esclavitud, mejor que en los salvajes imperios coloniales, mejor que como súbditos de monarquías absolutas, mejor que bajo los fascismos y comunismos más cruentos, mejor que en las sucesivas dictaduras que nos asolaron a lo largo del siglo pasado. Esto ya lo sé, señores, crecí bajo una despiadada dictadura militar y coincidí en que cualquier otra forma de gobierno es mejor. Pero comparar esos horrores con las bondades de democracias mediocres sería bajar a mínimos el rasero: a la democracia debemos exigirle que habilite un mejor vivir juntos para todos. No solo que disminuya la opresión a mano de gobiernos, paramili-



tares y terroristas, o que acabe la violencia de bandas criminales y sicarios y toda laya de asesinos a sueldo. Que acabe con los abusos que empujan a más y más a migrar, jugándose la vida en la ruta para seguirla jugando después, en un *destino* que no solo es lugar sino que muchas veces es *fatum* (la fatalidad descrita por Voltaire).

Me esfuerzo por creer que la formulación que hicieron de la democracia y los términos que se le hermanan quiso ser justa; lo cierto es que excluyó a las mayorías o las minorizó, y que cada vez que esas mayorías lucharon por ampliar los márgenes estrechos en que ustedes las dejaron sucedió que, uno: quienes viendo amenazados sus privilegios políticos y económicos usaron las leyes y las abusaron para impedir la distribución de los privilegios y el bien de la mayoría, y dos: quienes pertenecían a las mayorías perdieron confianza en las leyes democráticas y acabaron entregándole su voto a líderes autoritarios y populistas que hicieron uso y abuso de las leyes para su propio privilegio. Eso sucedió en las postrimerías de la Revolución francesa y a lo largo de la historia, marcando retrocesos y avances y retrocesos hasta llegar al siglo xx, siglo en el que nací, siglo en el que vi tambalear la democracia y avanzar otro poco hasta el siglo xxi, siglo que será el de mi muerte, siglo que parece estar acercando al derrumbe.



## SEÑORES DE LA RAZÓN:

**H**e tenido que interrumpir este escrito para cerrar mis maletas y partir al aeropuerto. Continué mientras espero a embarcarme, y por si mi avión naufraga en el aire los dejo advertidos de que la mía no es una carta optimista.

Estoy lejos del *optimismo* con que a ustedes se los suele reseñar: la historia los presenta siempre bañados por rayos de luz y sustentados por la idea de que la razón produce progreso y que el progreso produce un mundo mejor. El mundo utópico de los pensadores, no el paraíso terrenal de los creyentes. Es extraño que ustedes no vieran que de un lado y de otro había una ilusión. D'Alembert de hecho despachó el *optimismo* de quienes coreaban que «este mundo es el mejor *que Dios pudo crear*, el mejor de los mundos posibles»: calificó esa creencia de «vacía». En un tono más paródico, el elocuente Voltaire<sup>1</sup> se burló del optimismo religioso: en su *Cándido* opuso las fabulaciones de un inspirado charlatán a los espantos de la realidad. Pero a excepción del escéptico Rousseau, que refutó tanto la bondad innata del hombre como la posibilidad de que la educación perfeccionara la convivencia, ustedes practicaron su propia forma de *optimismo* secular: reemplazaron la piadosa luz divina por la progresista luz de la razón.

.....  
1 Oculto en este resquicio de la página un desliz acaso inapropiado: admitir que, entre ustedes, entre los que hubo plumas luminosas y otras un tanto insulsas, Voltaire es quien me encandila con la impronta literaria que da a sus reflexiones y con su *elocuencia*: como dijo de Aristóteles, su *elocuencia* «dicta las reglas de la elocuencia [...] de una manera sencillamente elocuente».

En mí, señores, no queda ni traza del optimismo en el que fui educada y que incluía un poco de religioso y otro poco de racional. Me he vuelto una realista del presente y una pesimista respecto del futuro que nos enfrenta a una debacle que es peor de la que alcancé a describirles antes de encaminarme a este aeropuerto, a esta sala de espera, antes de las llamadas a embarcar. No es solo el revanchismo actual de los privilegiados contra los que no cuentan con privilegios, y no es solo los líderes populistas (que suelen pertenecer a los privilegiados) aprovechándose del descontento y la desconfianza de los que no, es que ese retorno a modelos más miserables, más autoritarios, más violentos, está empujándonos hacia la extinción de todas las especies, incluyendo la nuestra.



SEÑORES:

**R**eleo lo que consigné antes de mi vuelo y me noto dando vueltas en círculos, adelantando y retrocediendo sin avanzar ni aterrizar en la *democracia*. Les pido paciencia. Ya llegaré. Ya por lo menos he atravesado las Américas de verano a invierno. Ya llegué a mi ciudad nevada en el norte en este estado entre los demás estados unidos y dizque democráticos. Y ya me preparé una taza de café y me senté, decidida a darle curso a la misiva que interrumpí ayer con tanta pesadumbre.

Los dejé avisados de la grave crisis actual del mundo democrático sin entrar en los detalles; por ahora quiero decirles que esta crisis ni es actual ni está desvinculada de crisis anteriores. La crisis de hoy se origina en los ideales de la modernidad y en las reglas de convivencia que se dictaron tras la tan polémica pero influyente *Encyclopédie*. Todos los marcos para la convivencia social, desde la revolucionaria *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano francés* hasta la Constitución francesa y las americanas posteriores a la independencia, estuvieron influenciadas por el pensamiento iluminista y por las definiciones enciclopédicas. Todos esos documentos procuraron limitar el *poder* de los Gobiernos para no caer en excesos y coartar la *autoridad* de los gobernantes cuidando de no propiciar el caos: cualquier nación podía caer en esos extremos, el exceso de mando (*despotismo*) y su total ausencia (*anarquía*), según aseveró Diderot en una de sus entradas. En otra, relacionada, Diderot examinaría más largamente las reglas de la *autoridad política* que transformó (por no decir trastornó) su vida.

Sabrán mejor que yo que este pensador disidente se había opuesto, una por una, a las figuras de autoridad: peleó con su padre y dejó de verlo por años, se enemistó con su hermano canónigo y conservador, rompió relaciones con Dios y con la curia (a la que había pertenecido), y se ganó antipatía en la realeza. Sabrán que se sospechaba que Diderot era el autor de prohibidos libelos filosóficos y novelas libertinas. Sabrán que fue apresado en el castillo de Vincennes (prisión tan temida como La Bastilla) e incomunicado tres meses debido a la publicación de su muy materialista *Carta a los ciegos para uso de los que ven*. Y sabrán que fue liberado gracias al ruego de los libreros y suscriptores que invirtieron en esa obra que Diderot estaba editando junto al geómetra D'Alembert: los libreros le juraron al rey que el

*philosophe* se comportaría, que no habría más escándalo, que la *Encyclopédie* sería la joya de la corona constituyente y el orgullo de la nación francesa, como de hecho lo fue.

Aunque no de inmediato, y no entre todos sus lectores.

La «biblia» de la Ilustración estaba salpicada de sátira sacrílega (¡la eucaristía como forma del canibalismo!, ¡la improbabilidad del Arca de Noé!, ¡la vana búsqueda del alma en el cuerpo!) y estaba saturada de enmiendas a la monarquía. Ante eso se opusieron la Sorbonne, el parlamento parisino, los excluidos y resentidos jesuitas, el papa y Luis XV, el Bienamado, pero previsiblemente no la amante del rey, la mentada madame de Pompadour (plebeya vuelta monárquica meretriz vuelta instruida marquesa), quien intercedió por los enciclopedistas.

Estos eventos son plenamente conocidos por ustedes, no se preocupen, no voy a hacerles el repaso. Lo que quizá no sepan es que Diderot colaboró con los librereros enviando una estratégica carta al lugarteniente general de la policía, un tal Berryer, para excusarse por su «intemperancia de espíritu» y aceptar silenciar su obra personal a cambio de su libertad.

La próxima vez no serían «meses sino décadas en la prisión», le advirtió Berryer al soltarlo.

Diderot se tomó en serio la advertencia y cumplió lo prometido dejando de publicar pero no de escribir textos altisonantes que, muy dideroteamente, desafiaban los modos convencionales de construir novelas (de tesis), de garabatear cuentos que se confundían con blasfemia, de hacer críticas de arte contrarias al uso (no describiendo ni evaluando las pinturas sino

conversándolas por escrito consigo mismo); no dejó de redactar sediciosos tratados políticos y ensayos a contracorriente y coloquios donde incluso se lanzó contra las ideas materialistas en las que militaba. Hasta bellísimas y muy literarias cartas de amor adúltero escribió, numerándolas cuidadosamente por si se extraviaban camino a la que fue su amante y amiga, Louise-Henriette Volland<sup>2</sup>.

¿A qué voy? A que el Antiguo Régimen no pudo impedir que el carismático Diderot se volviera un intelectual público de impacto planetario, a que, sin embargo, no le permitió distinguirse como el genio literario moderno que secretamente era. Diderot parece haberse resignado, apostando por el futuro más que por el reconocimiento de sus contemporáneos, diciéndose a sí mismo y a quien quisiera escucharlo que «la posteridad es al filósofo lo que el cielo al creyente». Eso explica que ya de viejo mandara a hacer tres copias manuscritas de su obra oculta, que la pusiera en manos de dos mujeres de confianza (las de su única hija, Angélique, madame de Vandeul, y las de su autocrática pero iluminada mecenas rusa, Catalina la Grande), y en manos de su discípulo, el enciclopédico Naigeon.

No fue en ustedes, señores en plural, que confió su escritura clandestina —solo en uno, Naigeon, que siendo veinticinco años

.....

2 ¿Qué *indencias* habría en ese intercambio epistolar que Volland, a quien Diderot dio el sabio apodo de Sophie, pidió sus cartas de vuelta? Las quemó todas en una pira, junto a las que él le envió los primeros años de romance así como muchas de las posteriores. Su censura y su autocensura fueron más drásticas que la de Diderot: dejó menos de doscientas de las posiblemente mil. Borró su letra y su legado para sumirse en un anonimato que acaso preservaría su virtud: de Volland no queda ni siquiera un retrato.

menor que Diderot fue designado su albacea—. Acaso sospechara que ustedes comentaban o comentarían, a sus espaldas y a su muerte, ocurrida en 1784, que no había producido la obra unitaria y única que se esperaba de él. El veleidoso Voltaire, que admiraba pero desconfiaba de su deslumbrante contemporáneo, llegó a bromear (¿con ustedes?) que «la mente enciclopédica era un horno que quema todo lo que cocina».

No se había quemado la brillantez de Diderot, la *autoridad* la había apantallado.

Comprenderán el porqué de este desvío biográfico: no es solo que el sufrimiento de Diderot bien valga un nudo en este paño, es que su condición de prisionero pone luz sobre su estrategia de producción enciclopédica y sobre el análisis de la *autoridad* real y eclesial. Por si lo han olvidado, Diderot, todavía treintañero, recién salido de la cárcel, sabiendo que hasta la última coma suya será objeto de escrutinio, decide hacerse cargo de definir la *autoridad política*. Se arriesga a ello entendiendo que solo podrá describir una serie de principios liberales sin cuestionar abiertamente los principios del absolutismo. Aun en conciencia de los riesgos que corre y como quien no quiere la cosa, Diderot abrirá esa entrada afirmando que «ninguna persona ha recibido *por naturaleza* el derecho de mandar a otros».

¡Se atreve a insinuar que la monarquía no cuenta con legitimidad para reinar sobre sus súbditos! ¡A cuestionar que la legitimidad política del monarca provenga de la voluntad divina! «Dios», dice, «señor tan celoso como absoluto» (la ironía es evidente), «jamás pierde sus derechos ni los transfiere [...] permite, por el bien común y para el funcionamiento de la sociedad, que las personas establezcan entre ellas un orden de subordinación,

que obedezcan a una de ellas, pero quiere que sea *por la razón* y con mesura, y *no ciegamente* y sin reservas con el fin de que la criatura no se apropie de los derechos del creador. Toda otra sumisión cae en el verdadero crimen de idolatría».

Releo esto y no puedo evitar sonreír: en el primer volumen de la *Enciclopedia* Diderot reivindica que, siguiendo el designio divino, los hombres de razón rechacen la ciega obediencia que hasta entonces exigía la fe. No es de extrañar, entonces, que la obra generara inmediato revuelo, que fuera cancelada en más de una oportunidad, que antes de mandar los siguientes volúmenes a imprenta el editor general, Le Breton, fuera recortándole pedacitos potencialmente polémicos e incluso eliminando alguna entrada sin decirle nada al fogoso Diderot.

Dije haberme sonreído releyendo a Diderot, que escribe con tanta gracia; luego quedé sin aliento pensando que, aunque se jugó nada menos que la libertad, se quedó corto en su audacia: quiso destronar la autoridad natural del monarca sobre sus súbditos, pero no la autoridad absoluta del hombre sobre la mujer. No la del patriarcado, si me permiten esta palabra medieval.

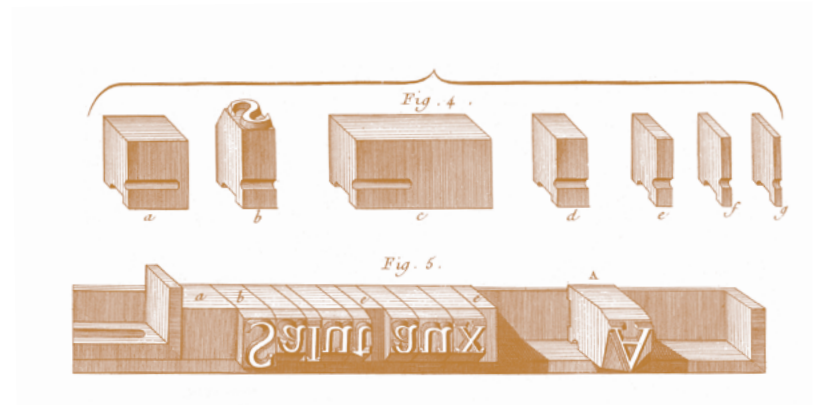
¿De qué habla esta mujer?, se estarán preguntando, removiéndose en las metafóricas sillas del más allá. ¿Cómo se atreve esta mujer a sugerir que el hombre debía ser destronado y bajar un escalón y ponerse a su disminuida altura? ¿Y por qué no?, respondo yo. ¿No se llenaron la boca, no llenaron páginas y más páginas con el lema de la *igualdad*? Me obligan a subrayarles que, en lo referente al orden político definido por la *Enciclopedia*, la mujer no existe. ¡Si ni siquiera existe en el orden familiar! En la entrada que estoy desmenuzando, Diderot asevera que la única *autoridad natural* es la del padre sobre sus hijos.

Dice padre. Dice padre olvidándose de la autoridad natural de la madre. Y por si fuera poco dice (yo resumo y parafraseo) que esa autoridad paterna termina tan pronto los hijos «gozan de razón». Hijos, dice, no hijas, olvidándose hasta de su amada y tan bien educada Angélique.

Y no me vengan con que utilizaba un masculino *universal*: ese masculino, esa universalidad, esa racionalidad se refería solo a los hombres (y ni siquiera a *todos* los hombres, pero a los otros hombres pronto llegaré).

¿Que cómo estoy tan segura de que lo universal no nos incluye?

Eso lo saben ustedes mejor que yo, pienso, y pienso a continuación: ¿Cómo es posible que sus voces imaginarias interrumpen a cada tanto mi razonamiento? Levanto mi voz, asimismo imaginada, y les respondo con otra pregunta. ¿Estaban todavía lúcidos en 1789 cuando los revolucionarios ilustrados dictaron su *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano francés*? ¿Recuerdan que una polémica Olympe de Gouges les enmendó la plana publicando su *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana francesa*, señalando la ausencia de su género en la revolucionaria proclama de la libertad, la igualdad y la fraternidad? «Hombre», reclamó en el prólogo a su escrito, «¿eres capaz de ser justo? Quien pregunta es una mujer». ¿Y cómo acabó esta mujer por recordarles que hombre no significaba mujer, que la mujer no existía en su declaración de derechos? ¿Qué así no existiría nunca en la posterior Constitución republicana? No es necesario hacerles adivinar: fue guillotizada después de la reina, es decir, pagó su razonamiento crítico con la cabeza, el órgano del pensar.



### SEÑORES, SEÑORES:

No me pidan *serenidad* (esa «virtud moral», ese «bien supremo de la vida», como quiso De Jaucourt). ¿Cómo se puede estar en esa «feliz disposición» viendo lo que pudieron hacer por nosotras y no hicieron? ¿Viendo lo que nos hicieron esperar, por ejemplo, por el derecho a voto? ¡Dos largos siglos! Acaso por esto es que los interpele: mi carta no podría ser de suyo una *conversación* porque una conversación implicaría, en palabras de D'Alembert, «no insistir sobre ningún asunto sino pasar [...] sin esfuerzo y sin afectación de un tema a otro» y yo estoy profundamente afectada por más que también esté pasando de un tema al siguiente.

Respiro y retomo, para avanzar, la contenciosa cuestión de la *autoridad*. Diderot pasa de la *natural* a aquella que se adquiere por la *fuerza* (la apropiación ilegítima del *poder* o su ejercicio ilimitado) y la que surge de la cesión «consentida» de libertades que realizan los ciudadanos mediante un pacto que se conoce

como «contrato social»<sup>3</sup>. Por ese contrato más bien propio de las repúblicas pero no inexistente en las monarquías moderadas, los hombres eligen a uno entre ellos para que los gobierne, con la gracia de Dios como diría Diderot con disimulado sarcasmo.

Pero que nadie se llame a engaño: ese contrato es un pacto civil entre hombres de una cierta casta, un pacto que no incluye ni a las mujeres de su misma clase, salvo que sean, por un contrato de otra índole, un «contrato sexual», sus mujeres.

Esto, habrán presentado, no se me ocurrió a mí que ni socióloga soy: me abrieron los ojos unas provocadoras politólogas feministas algo mayores que yo.

¿Están de nuevo frunciendo el ceño? ¿Es porque politóloga y feminista son para ustedes neologismos o es porque saben a dónde voy? Frunzan pues, yo me lanzo equipada de evidencia.

.....

3 Apunto a pie de esta página que Rousseau acuñó el concepto de *contrato social* en su obra homónima y más influyente, pero este concepto, tan subversivo como su autor, tan contemporáneo a la escritura de la *Encyclopédie*, no fue incorporado ahí. Y aprovecho para explicar que, si no incluyo a Rousseau en esta, mi deliberación, es porque entre ustedes él fue el más descreído de las ilustres doctrinas. Y es que no solo arremetió contra la monarquía, la aristocracia y la iglesia, contra los privilegios de toda clase, sino que, como recordarán, se lanzó contra ustedes, partiendo por Diderot y siguiendo con todos los iluminados. Incluso se peleó con Hume, quien lo auxilió en su exilio británico. Acaso porque ya en 1750 se insinuaba el peligro que suponía este díscolo pensador para un proyecto enciclopédico bajo vigilancia, los editores le pidieron inocuas entradas musicales y apenas una más teórica, la de *economía política*, donde brilla la radicalidad *revolucionaria* que lo distinguiría de los iluministas: a la luz de Rousseau, ustedes aparecen como reformadores *moderados*.

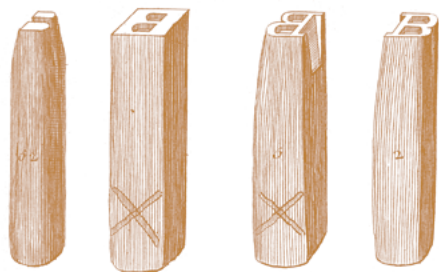
Las pensadoras de la política y el «sexo» (eso que hoy llamamos género) examinaron ese contrato que las democracias debían establecer para regular la vida social y nos alertaron, a las mujeres sobre todo, que no estábamos incluidas en relación de *igualdad* sino que aparecíamos subordinadas a los hombres. Nos mostraron que para entrar en dicho pacto una mujer estaba obligada a casarse y entregar, además de una cuantiosa dote, todos sus derechos: desde los reproductivos y la autoridad legal sobre sus hijos hasta los laborales y la autoridad legal sobre sus bienes. Como si esto no fuera suficiente, la mujer entraba al pacto matrimonial delegando en su marido su participación en materias ciudadanas: significativamente, el derecho a voto y a ejercer cargos públicos que demoraría otros dos siglos en obtener. Así, las mujeres que eran (y siguen siendo) la mitad de la población, si no más, quedaron excluidas del pacto social.

No por nada la ya aludida revolucionaria De Gouges le dedicó a quienes, inspirados en ustedes, redactaron la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano francés*, lo siguiente: «Raro, ciego, hinchado de ciencias y degenerado, sumido en la ignorancia más burda en este siglo de luces y sagacidad, quiere mandar despóticamente sobre un sexo que dispone de todas las facultades intelectuales; pretende beneficiarse de la Revolución, y reclamar sus derechos a la igualdad, sin decir nada más».

¿A ustedes no se les quejó ni una entre las escasas enciclopedistas?

¿No les mereció esta *igualdad* desigual ninguna reflexión?

¿Estaban ustedes ciegos de tanta luz?



### SEÑORES SUPUESTAMENTE SAGACES:

Fui por un vaso de agua para refrescarme la lengua. Se me seca la boca constatando que Diderot, que vio amenazada su libertad, que conoció el debate de las intelectuales marginadas, que amó y admiró a la feminista Madeleine de Puisieux, que, contrariando a su conservadora mujer, hizo de su hija una librepensadora (¡la educó en todo!, ¡la mandó a instruirse sobre el sexo antes de su matrimonio!), que ese Diderot no nos pensó como iguales ante la ley y más bien repitió los argumentos tradicionales de la sumisión femenina.

Ahora bebo.

Ahora salpico mi desconsuelo sobre el teclado.

Ahora me limpio los labios con el puño de la manga, antes de proseguir.

Aun sabiendo yo que ustedes tenían encima a jesuitas y otros enemigos, aun sospechando que la censura los empujó a ocultarse en la ironía, aun preguntándome cómo osaron, a ratos,

ser tan opinantes (no falta quien recurre a la primerísima persona); aun queriendo creer que otras veces enmascararon lo que pensaban cuando anotaron, por ejemplo, que tal vez la *democracia* «no sea la forma de gobierno más conveniente ni estable» porque presenta «desventajas a los grandes Estados»; insisto, aun teniendo todo esto en cuenta me parece evidente que no existía en sus mentes la democracia representativa e incluso que tantos les atribuyen.

No era *esa* democracia. No. La *democracia* que ustedes definieron y exaltaron era la limitada democracia del pasado clásico<sup>4</sup>, la que trazaron para el futuro nunca fue propiamente democrática porque en esa democracia moderna no todos contaban con los mismos deberes y derechos.

Vamos por partes, que no se me acuse de estarlos difamando.

Empecemos por la problemática parte del *pueblo* que se invoca aquí y allá en la *Encyclopédie*. Se invoca como la sustancia misma de la *soberanía popular*: «el pueblo como entidad», escribe Diderot, «es el detentor del poder soberano» y lo es hasta en su sentido etimológico, porque democracia en griego combina poder (*kratos*) y pueblo (*demos*). No es posible errar: la democracia es o debiera ser el gobierno del pueblo. Pero hay error en la *Encyclopédie* porque esa misma «entidad» no se asocia a poder alguno en la redacción de *pueblo* del que se hace cargo el tan citado De Jaucourt.

.....  
<sup>4</sup> Rousseau fue el único en declarar, contradiciéndolos en la mismísima *Enciclopedia*, que en Atenas no hubo democracia sino «una aristocracia tiránica gobernada por sabios y oradores». No solo estoy de acuerdo, veo aquí una elocuente provocación a los sabios y oradores de la Ilustración.

Se ve que al noble el trabajo enciclopédico lo tenía superado (¡se cuenta que llegó a promediar ocho entradas al día!) pero siendo un término tan central, pienso que pudo cuidarlo un poco más: la definición que entregó a los editores, la que se corrigió (¿quién de ustedes hizo ese trabajo, me pregunto, por no cargar todas las tintas sobre De Jaucourt?), la noción de *pueblo* que finalmente se publicó es errática en su argumentación además de dudosa en sus referencias. (He de decir que, entre ustedes, De Jaucourt es el más cuestionado por usar frases sin atribución o con atribuciones sospechosas que quizá se usaran para despistar a los censores).

Sigo: De Jaucourt declara su inmediata dificultad para definir «este sustantivo colectivo, porque las ideas que se tienen de él difieren de acuerdo con los lugares, las épocas y la naturaleza de los gobiernos». Quienes se incluyen en el *pueblo* francés de esta época no son los mismos que antes ni que en otros sitios, dice, por más que el *pueblo* siga siendo «la parte más numerosa y necesaria de la nación». En el tiempo monárquico de De Jaucourt, el pueblo se diferencia de la nobleza y del clero, de los comerciantes y de los intelectuales, no solo porque «huele a pueblo» sino porque hace posible la subsistencia de la nación hasta «dejarse caer en los duros brazos del cansancio». Es un *peuple* esforzado y oficioso que De Jaucourt idealiza (¡con la condescendencia de un aristócrata!) como aliado de la monarquía, es decir, como propiedad de la realeza, es decir, como gente de servicio sin deseos ni proyectos propios ni mucho menos derecho a la deliberación y a la participación política. El *pueblo* de De Jaucourt ni pertenece a la polis ni es la polis, se confunde con el súbdito.

En contraste con ese colectivo de manos sin mente se pone al individuo que conocemos como *ciudadano*. Y ese es un concepto que, desligado de las cuestiones de estamento o de clase

o de función económica, hubiera podido ampliar por mucho al de *pueblo*. Pero eso no es lo que sucede en el razonamiento de Diderot: si este dota al *citoyen* de derechos políticos ausentes en el *pueblo* de De Jaucourt, si define la ciudadanía como título apropiado para quien reside en su territorio de origen y participa de los derechos y las libertades de su sociedad, si esto me resulta en principio promisorio, Diderot se encarga de demostrar que la noción sigue siendo excluyente.

Les recuerdo, señores, que Diderot agrega a renglón casi seguido, sin llegar a entintarse el puño, lo que arriba les anuncié: «A las mujeres, a los niños pequeños y a los sirvientes solo se les concede ese título como miembros de la familia de un ciudadano [...] pero *no son realmente ciudadanos*».

Abrevio, esto se hizo largo.

Para De Jaucourt, el *pueblo* es una mayoría sin derechos.

Para Diderot, el *ciudadano* es una minoría con derechos.

En la Francia de la razón se da esta sinrazón<sup>5</sup>: la medida de todo no es el hombre *genérico*, el que, como quise demostrarles, se opone al género femenino. Es, más bien, un hombre muy *particular*. Es el hombre dotado de derechos ciudadanos (sobre el pueblo). Es el hombre de familia (sobre su mujer, sus hijos, sus

.....  
5 Una última palabra sobre la escisión de Rousseau, a propósito de esta sinrazón racionalista. Es cierto, era paranoico y peleador, pero Rousseau (a quien celebro en este disimulado pie, en este discreto paréntesis, por aquello de no abrir viejas heridas) fue quien apuntó que el derecho ciudadano no debía establecer diferencias biológicas, culturales o legales. *Chapeau!*



servientes). Es el hombre ilustrado de la clase alta (sobre el pobre analfabeto). Es el hombre blanco europeo civilizado (sobre el mestizo, el colonizado, el bárbaro). Es el hombre libre (contra el esclavo, aunque ustedes estuvieran contra la esclavitud). Ustedes dotan a este hombre *particular* de estatuto *universal*, lo vuelven el modelo deseable de una humanidad que solo tiene en cuenta los intereses de ese hombre, es decir, los intereses de ustedes y de los hombres como ustedes. No los intereses incluyentes del bien común.



SEÑORES TODOS:

Si les hablo en plural es porque los hago igualmente responsables de las exclusiones en las que incurrieron, los hago cómplices de confirmar la norma social en vez de cuestionar la desigualdad entre los seres humanos en su gran obra del humanismo. Y lo hago reconociendo que las condiciones eran difíciles pero sabiendo que sus escritos se trasladaron, a veces *verbatim*, a los documentos que constituyeron y condicionaron

la Revolución francesa<sup>6</sup>, la República Francesa, los procesos de independencia y formación nacional a lo largo y ancho de las Américas. Y que permanecieron ahí hasta volcarse con toda su tinta en los ideales de la democracia.

Cierto es que ustedes eran un grupo heterogéneo, que no todos opinaban lo mismo sobre todos los asuntos y que la *Enciclopedia* contiene contradicciones tanto *en* como *entre* términos. Y la contradicción es, a no dudarlo, indispensable para el pensamiento crítico: la posibilidad de «afirmar una cosa al mismo tiempo que se niega», según apuntó en francés el predicador alemán Formey, o como lo pienso yo, estar a favor y en contra después de considerar todos los aspectos de un problema. Y eso no es lo mismo que la *falsedad* que se distingue de *error* porque, como apuntó Voltaire, el primero «se refiere a los hechos» y el segundo «a las opiniones».

Si afirmo lo anterior es porque entre ustedes hubo voces que se opusieron a las coartadas coloniales de los imperios. Es el caso del noble De Jaucourt, que comenta críticamente cuán fácil es «tratar como bárbaros a los pueblos cuya moral y costumbres son diferentes de las nuestras y, sin ningún otro pretexto, ata-  
.....»

<sup>6</sup> No me estoy olvidando: la caja de herramientas ilustradas fue lectura de cabecera para los revolucionarios solo hasta que comprendieron que su ateísmo no servía para gobernar a un pueblo creyente. Cuando el deísta Robespierre se hizo del poder desacreditó al extinto Diderot y a todos ustedes, por burgueses corruptos y amigos de la aristocracia. Robespierre (que era burgués) elevó al ya fallecido Rousseau (que no lo era) como maestro revolucionario, y, si es cierto lo que dicen, el líder jacobino leía su *Contrato social* en voz alta a la vez que ordenaba ejecuciones. Pero como la vida tiene muchas vueltas (eso es, etimológicamente, una *revolución*: un volteo), pasado el Terror, Diderot y sus veintiocho tomos fueron acusados de instigar la violencia.

carlos para someterlos a nuestras leyes. Son solo los prejuicios del orgullo y la ignorancia los que hacen que la humanidad renuncie» a sus valores.

Este comentario está muy cerca del problema de la *esclavitud*: la pieza más oscura de la desigualdad humana. Entre ustedes hubo quienes se pronunciaron en contra, aunque es De Jaucourt (y no necesariamente el resto de ustedes) quien enciende luces sobre este horror. Ya en una impetuosa primera persona del singular, esgrimida en su entrada sobre la *igualdad*, este apunta que la *violación* de ese principio es «lo que establece la esclavitud política y social». Y en su extensa y muy montesquiana entrada sobre la *esclavage* anota que la *esclavitud* es el establecimiento de una prerrogativa que «vuelve a un hombre *propiedad* de otro hombre que se vuelve dueño absoluto de su vida, de sus bienes y de su libertad»<sup>7</sup>. Demostrando que no tenía tan poco vuelo como ustedes creyeron, De Jaucourt, se atreve a añadir que «en una democracia, donde *todos son iguales*» (mi énfasis no requiere repaso), la esclavitud contradice «al espíritu de la Constitución». Y esta línea decisiva: «La esclavitud nunca puede estar teñida de ninguna razón razonable [...], nada en el mundo puede legitimar la esclavitud».

.....  
7 ¡Ay! Prometí páginas atrás no volver a Rousseau, pero en su única entrada política, que en rigor es sobre *economía*, relumbra la *libertad*. Fíjense: refiriéndose a la «voluntad general», la que debe seguir todo «gobierno legítimo o popular, es decir, todo aquel que tiene por objeto el bien del pueblo», asegura que es indispensable «tener libertad. [...] Pero ¿cómo pueden las personas defender la libertad de uno de ellos sin perjudicar la de las demás?». Rousseau se detiene a considerar esta cuestión y llega a la misma respuesta de De Jaucourt, que a la vez cita a Montesquieu: la ley es la que organiza las libertades de cada cual. Aislarse de las leyes (la idea es de Rousseau) significa situarse fuera de lo social y regresar al «estado puro de naturaleza».

Debió de ser la convicción del editor lo que acabó persuadiendo a Diderot de abandonar la ideología burguesa del propietario (dueño de dineros y de casas, de objetos y empresas, de animales, de mujeres, sirvientes y esclavos); en 1770, mientras revisaba uno de los últimos volúmenes de ilustraciones, Diderot aportó a la *Historia de las dos Indias* una línea de sorprendente vehemencia jaucourtiana: «¿A quién, bárbaros, harán creer que un hombre puede ser la propiedad de un soberano, un hijo la propiedad de un padre, una esposa la propiedad del marido, un siervo la propiedad de un amo, un negro la propiedad de un colono?».

Esto en algo me consuela, pero la escritura estaba oleada y sacramentada y, valga la redundancia, la *Enciclopedia* no había establecido la igualdad como igualdad igualitaria.

¿Estás segura?

¿No señalaste que hay contradicciones al interior de la *Encyclopédie*?

Soy yo quien pregunta (¡una mujer!, diría De Gouges).

Soy yo quien responde: necesito estar muy segura de lo que digo, mal que mal en esta carta abierta no es solo ante ustedes, los expertos, que debo explicarme. Es ante quienes puedan leerme mañana.

Vuelvo veloz a mi pantalla y busco otra vez *igualdad* en la *Enciclopedia* francesa.

Leo por enésima vez que «*todas las personas*» gozan de *igualdad* «por la sola constitución de su naturaleza». (Dije que no

repararía estos dichos pero me contradigo: me irrita infinito el abuso de «*todas* las personas» y «*todos* son iguales»: no son todos ni menos todas).

De Jaucourt sin embargo insiste en que «la igualdad natural o moral [...] se basa en la naturaleza común a *todas* las personas, quienes nacen, crecen, subsisten y mueren de la misma manera». Ser persona, hasta ahí, es pertenecer al género humano, pero el diablo está siempre en los detalles y una cosa es para De Jaucourt la igualdad *natural* y otra es la igualdad *absoluta*, esa «quimera» que «a duras penas puede engendrar una república ideal».

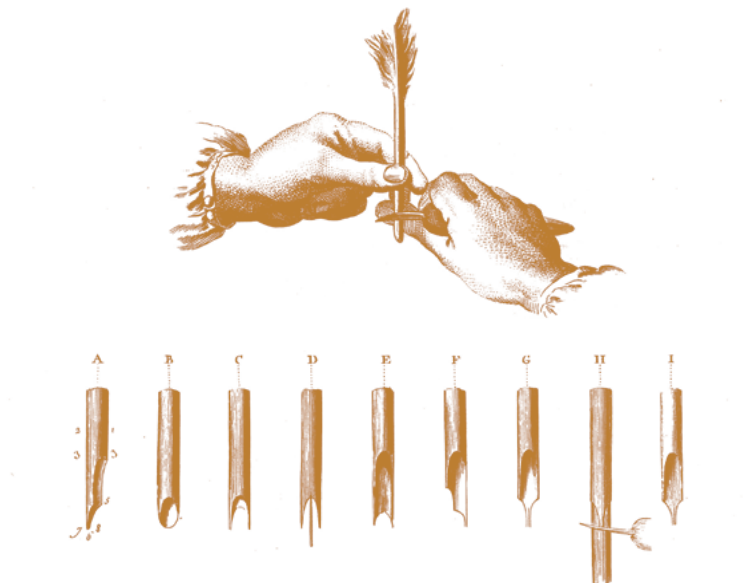
¿Qué pasa con De Jaucourt, el abolicionista, que se siente impelido a calificar la igualdad *absoluta* como «quimera»? Se los planteo porque cualquiera de ustedes podía haber dicho esto. Diderot, sin ir tan lejos, usa esta palabra al declarar que «incluso en la democracia más perfecta, la *igualdad total* entre sus miembros es una idea *quimérica* y quizá sea el inicio de la disolución de ese Gobierno». Y como no percibo ironía ni subterfugio retórico para despistar a los censores ni menos un mensaje cifrado para los lectores, doy por cierto que es esto lo que piensa. Lo que piensan ambos. Lo que seguro hubieran escrito ustedes, emulándolos en los más tajantes términos: que no era posible establecer una *igualdad absoluta* dadas «las diferentes condiciones, los grados, los honores, las prerrogativas, las *subordinaciones que deben prevalecer* en todo gobierno».

Remarco *subordinaciones que deben prevalecer* y me pregunto (por más que sepa la respuesta) cuáles *subordinaciones*. Y sigo, a ver si De Jaucourt nombra a qué se refiere, exactamente, pero no lo explica y en vez insiste en que aunque los seres humanos nacen *todos* iguales «no saben cómo permanecer así, la

sociedad los hace perder la igualdad y solo pueden volver a ser iguales mediante las leyes». Pero como también sugiere De Jaucourt, en una frase algo enigmática, hay circunstancias en las que los propios ciudadanos rechazan la igualdad porque las diferencias les convienen. Y entonces «sería una locura querer introducir» la igualdad.

Lo que concluyo es que (a) *todos*, por naturaleza, somos iguales al nacer, (b) *todos* nos volvemos diferentes al crecer, (c) *todos* podríamos volver a ser iguales ante la ley gracias a las leyes, (d) pero la igualdad absoluta no les interesa a *todos*, entonces tal vez sea mejor no intentar establecerla.

Si esto no es contradictorio, si esto no es erróneo, si no es ceguera, no sé cómo llamarlo.



## SEÑORES MÍOS:

**H**an transcurrido ¿cuántos años?, ¿doscientos? Muchos más de doscientos desde que ustedes, modernos e ilustrados, se sentaron en el parisino café Procope a pensar y a debatir<sup>8</sup> la cuestión del bien común bajo sistemas más democráticos de gobierno. Déjenme contarles qué ha sido de este mundo desde que ustedes creyeron, a ojos cerrados, que la razón produciría progreso, y el progreso, el mejor de los mundos posibles.

Muertos ustedes, muertos los revolucionarios, muerto Napoleón y agonizante la idea misma de una vida más igualitaria, justa, digna, la cuestión del bien común persistió y se extendió por los cafés y los escritorios y las tertulias de muchos pensadores y políticos. Los más decisivos teóricos de los siglos siguientes, tanto Smith, el liberal, como Marx, el socialista, abordaron el dilema: qué sistema político y económico nos permitiría alcanzar un mejor vivir juntos.

Una misma pregunta, sí, pero respuestas radicalmente distintas.

Respuestas que alertaron y movilizaron a los menos privilegiados hacia nuevas revueltas y revoluciones que en el fondo eran las mismas, asonadas de descontento.

En la pugna por una vida mejor, los Gobiernos iban tomando severas determinaciones, a veces a favor pero sobre todo en con-

.....

<sup>8</sup> Por entonces Rousseau aún era miembro del clan iluminista. (Y me parece que Rousseau hubiera preferido ser parte de este debate en vez de ser relegado a esta esquina).

tra de los súbditos, el pueblo, el proletariado, las mujeres, los indígenas, los negros, la ciudadanía. O como prefieran nombrar a las gentes sin igualdad ante la ley.

No quiero alargarme (¡y quiero dar esta larga carta por concluida!) pero les apunto esto, porque importa: en torno a las terribles guerras del siglo pasado, que arrastraron a sus filas y a las labores de la contienda a los hombres y las mujeres del mundo entero, que acabaron como nunca antes con un centenar de millones de vidas, se detonaron múltiples regímenes (regímenes cuyos nombres no reconocerán) que decían y hasta creían defender el bien común de los suyos. Los estados comunistas, inspirados en las grandes ideas marxistas, se revelaron totalitarios y represivos. Los gobiernos fascistas, autoritarios e inhumanamente xenófobos. Las democracias capitalistas, inspiradas en Smith, construidas sobre viejos imperios coloniales fueron (al menos sobre el papel) más proclives a una representatividad incluyente.

Esas guerras mundiales demostraron que la razón no nos había conducido a una vida mejor. Y los contritos líderes del mundo, que aparecieron como los vencedores, quisieron reestablecer el sentido de las cosas y se reunieron para volver a pensar la vieja pregunta del bien común y determinaron que el sistema democrático, la democracia liberal, era la respuesta para el mundo occidental. Pero esos líderes quisieron *imponer* la democracia: las guerras continuaron aquí y allá, las intervenciones bélicas se acrecentaron, las armas se multiplicaron y sofisticaron, la violencia hacia los menos privilegiados siguió y la vieja pregunta fue siendo olvidada cuando convenía a quienes detentaban el poder.

Se hace difícil sintetizar, ¡les pido un poco más de paciencia!

Si ustedes, que fueron los progresistas de su tiempo, fueran los progresistas de hoy, sospecho que me rebatirían diciendo que, como nunca antes, se debate la ampliación del derecho a la igualdad de todos, y el derecho a la diferencia de muchos grupos antes exentos de las protecciones de la ley. Yo tendría que decirles que *aunque* eso es así (o acaso *porque* eso es, en efecto, así), ha surgido un resentimiento y una resistencia ante la incorporación de nuevos grupos al pacto social. Que muchos ven en esas ampliaciones una amenaza personal.

Lo dije arriba, acá se los repito y se los amplío. Quienes desde el poder han visto amenazados sus privilegios políticos y económicos están usando y abusando las leyes para *impedir* o *revertir* la ampliación de los derechos, la protección de las mayorías, la mejor distribución de los recursos. Eso por un lado. Por otro, quienes no cuentan con los privilegios prometidos por la democracia han perdido confianza en ese sistema y han creído que los autoritarismos protectores, nacionalistas y excluyentes, podrían mejorar su situación. Los decepcionados ciudadanos de muchas democracias les están entregando el voto (¡el voto democrático!) a líderes populistas y hasta extremistas que hacen uso y abuso de las leyes para cancelar la separación de los poderes del Estado e incrementar su propio privilegio. Y esos son Gobiernos que, premunidos del voto que los legitima, encarcelan y asesinan a sus detractores de manera impune (la ley que ustedes, señores, valoraban tanto es precisamente lo que los protege).

¿De qué nos sirve que Diderot nos advirtiera (en su entrada sobre la *opresión*) que es «una desdicha propia de la condición humana» el abuso del poder que produce violencia si la gente vota a favor de ella? «En vano lloran los inocentes, en vano im-

ploran la protección de las leyes», reconoció; «triunfa la fuerza e insulta sus lágrimas».

Es como si las democracias liberales hubieran trocado el buen vivir juntos solidario por el nadie vivirá mejor que yo. Mejor que yo y que los míos: mi clan, mi clase, mis colegas, mis compatriotas. ¡Mi género! Es decir, el mejor vivir de algunos que son, en gran medida, los de siempre. Y eso, diría yo ya sin auxilio de Rousseau, implica estar asistiendo a una erosión del contrato que constituye el pacto democrático. Estamos, señores, en un mundo donde el contrato social está en colapso: la prueba es la violencia arbitraria, descontrolada pero legitimada que rige las relaciones humanas hoy.

¡Hemos vuelto al *antes* de sus preguntas, señores míos!

¡Al *antes* de las citas en el café Procope, que, les alegrará saber, todavía existe!

Al *antes* de tanto horror.

No creo exagerar si complemento lo dicho con la convicción de que nos hallamos en un momento apocalíptico. Hasta el «reloj del fin del mundo» me da la razón (¡la razón que fue lema de ustedes!) cuando anuncia que, en 2023, la hecatombe planetaria se adelantó diez segundos, dejándonos, como nunca, a minuto y medio del apagón.

Y no hablo de horror solo por el peligro nuclear que nos acecha con miles de ojivas prestas a dispararse, no lo digo por los países que usan de disuasivo su nuclearización, no lo digo ni siquiera por la alarmante noticia de esta mañana en la radio

de que la nación rusa (antes imperio de ilustrada pero autocrática mecenas de Diderot) planea plantar armas de destrucción masiva en el espacio... Lo digo porque mientras redacto están ocurriendo guerras entre naciones cargadas de misiles y hombres armados hasta los dientes. Y ocurriendo genocidios de inocentes que las potencias democráticas no solo desestiman sino que pretenden silenciar (¡usando la ley contra las leyes que ellos mismos han suscrito en torno a los derechos humanos!). Y sigue ocurriendo el masivo asesinato de mujeres (¡que la ley menosprecia!). Ocurriendo la muerte de migrantes que llegan a fronteras ajenas pretendiendo escapar de otras muertes (¡y la ley, en vez de asilarlos los mata, los maltrata o los deporta!).

Y si esto les parece poco, les agrego la enfermante polución de aire y agua, el calentamiento del planeta por la explotación acelerada de los carburos, la sequía más atroz, los inapagables incendios, la escalada de los huracanes por el aumento de la temperatura mundial. Y la extinción de tantos seres vivos.

Ese es nuestro no saber habitar colectivamente el mundo, ese es nuestro estarnos destruyendo.

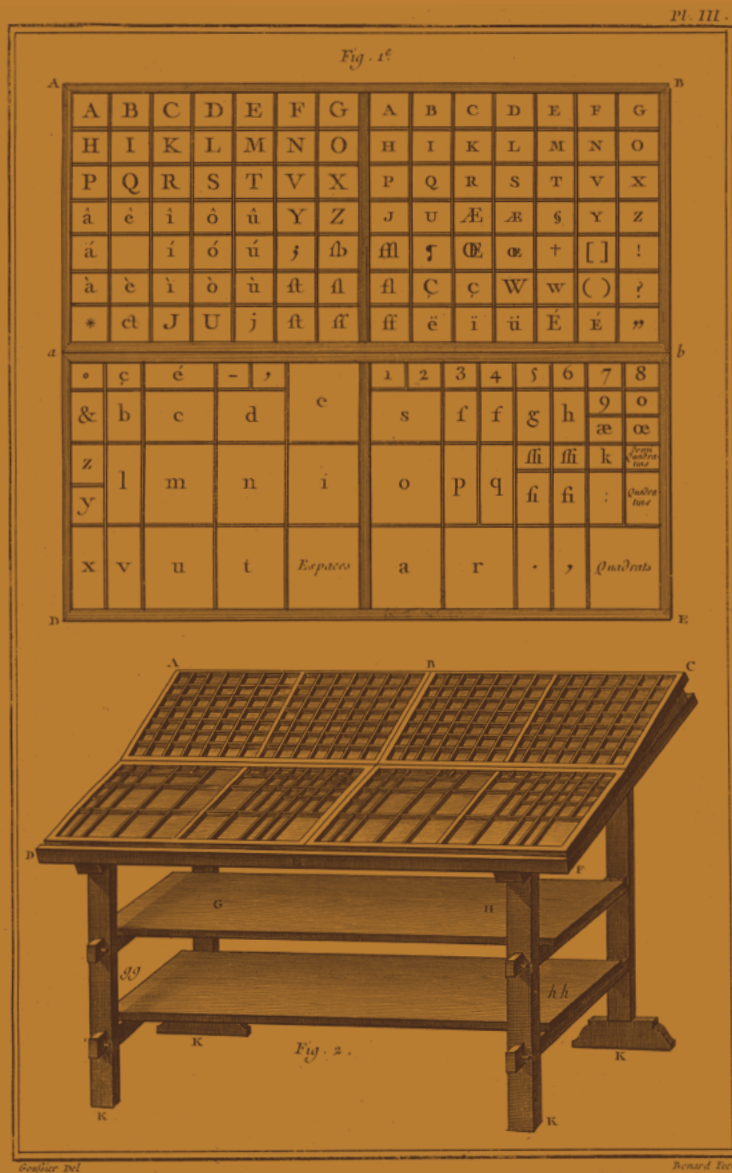
Llego al final de mi misiva sin querer despedirme de ustedes con más *penas* que placeres (pero ya decía Diderot que una no lleva siempre cuenta de los placeres). Aunque cierre esta carta con la «triste pasión» de la *desesperanza* me obligo al decir esperanzado de De Jaucourt cuando aseguró que si este sentimiento puede causar desinterés o enojo también puede inspirar «acciones osadas» que nos permitan escapar de los «peores peligros».

Ojalá estos tiempos oscuros inspiren acciones osadas que nos permitan impedir una catástrofe planetaria.

Ojalá en esto hayan tenido ustedes toda la claridad, toda la razón.

Entre Santiago de Chile y la ciudad de Nueva York, a inicios de 2024





## Nota bibliográfica

Para escribir *razonadamente* esta carta recurrí a múltiples fuentes. Leí la antología de definiciones para *Habitar la democracia* (selección y edición de Miguel Mesa, con quien conversé y debatí a los enciclopedistas mientras escribía y quien me facilitó muchos materiales). Consulté innumerables veces la página en línea de la *Encyclopédie* (<http://enccre.academie-sciences.fr/encyclopedie/>) así como entradas de diversas enciclopedias virtuales: la *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, la *Britannica*, y la acaso menos confiable pero tan recurrida *Wikipedia*. Consulté la *Notre Dame Philosophical Reviews*. Repasé los escritos de los revolucionarios franceses (la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano francés*, de 1789, que sirvió de preámbulo a la Constitución francesa de 1791) y los libelos de la revolucionaria Olympe de Gouges, sobre quien ya había escrito yo el ensayo «La cabeza por la patria». Indagué en la apasionante biografía intelectual *Diderot and the Art of Thinking Freely*, de Andrew Curran, y encontré información relevante en *Encyclopédie. El triunfo de la razón en tiempos irracionales*, de Philipp Blom así como en un artículo de Christopher Domínguez Michael sobre los años de Diderot en Vincennes y otro de David Edmonds y John Eidinow sobre la relación entre Rousseau y sus contemporáneos. Repasé, por último, *The Sexual Contract* de la sagaz politóloga feminista Carole Pateman, y un sesudo libro de Hernán Neira Barrera, *Ciudadanías en conflicto*.

## Créditos

A los que no ven  
(Carta abierta a los enciclopedistas)

Lina Meruane  
Autor

© Del texto  
Lina Meruane

© De esta edición:  
Grupo de Inversiones  
Suramericana S. A.  
(Grupo SURA)

Gonzalo Alberto Pérez Rojas  
Presidente de Grupo SURA

Juana Francisca Llano Cadavid  
Presidente de Suramericana

Ignacio Calle Cuartas  
Presidente de SURA Asset  
Management

Juan Fernando Rojas  
Paula Cecilia Villegas  
Coordinación editorial

CRÉDITOS

LINA MERUANE

## Ilustraciones

### Imágenes pp. 14, 16

«Dominio Público. Prévost, a partir de Louis-Jacques Goussier. *Escrituras: El arte de escribir*. Lámina 2, volumen 2, 1763, *Enciclopedia*, 1751-1772, editado por Denis Diderot. Grabado». Tomado de: <http://enccre.academie-sciences.fr/encyclopedia/planche/v23-x20?p=v23-g115&vp=y&>

### Imagen p. 18

«Dominio Público. Paillason, a partir de Louis-Jacques Goussier. *Escrituras: El tamaño de la pluma*. Lámina 12, volumen 2, 1763, *Enciclopedia*, 1751-1772, editado por Denis Diderot. Grabado». Tomado de: <http://enccre.academie-sciences.fr/encyclopedia/planche/v23-x20?p=v23-g125&vp=y&>

### Imágenes pp. 25, 32

«Dominio Público. Benard, a partir de Louis-Jacques Goussier. *Imprentas: Imprenta de tipos*. Lámina 1, volumen 2, 1763, *Enciclopedia*, 1751-1772, editado por Denis Diderot. Grabado». Tomado de: <http://enccre.academie-sciences.fr/encyclopedia/planche/v28-x3?p=v28-g9&vp=y&>

### Imagen p. 28

«Dominio Público. Defehrt, a partir de Louis-Jacques Goussier. *Fundición de tipos para impresión: Fundición de caracteres*. Lámina 1, volumen 2, 1763, *Enciclopedia*, 1751-1772, editado por Denis Diderot. Grabado». Tomado de: <http://enccre.academie-sciences.fr/encyclopedia/planche/v23-x18?p=v23-g81&vp=y&>

### Imagen p. 37

«Dominio Público. Paillason, a partir de Louis-Jacques Goussier. *Escrituras: Tamaño de la pluma para escribir*. Lámina 4, volumen 2, 1763, *Enciclopedia*, 1751-1772, editado por Denis Diderot. Grabado». Tomado de: <https://fr.m.wikipedia.org/wiki/Fichier:Ecriture-TaillePlume-Encyclopedie.jpg>

### Imagen p. 43

«Dominio Público. Defehrt, a partir de Louis-Jacques Goussier. *Escrituras: El arte de escribir*. Lámina 3, volumen 2, 1763, *Enciclopedia*, 1751-1772, editado por Denis Diderot. Grabado». Tomado de: <http://enccre.academie-sciences.fr/encyclopedia/planche/v23-x20?p=v23-g115&vp=y&>

### Imagen p. 44

«Dominio Público. Defehrt, a partir de Louis-Jacques Goussier. *Imprentas: Cajonera para caracteres tipográficos*. Lámina 3, volumen 2, 1763, *Enciclopedia*, 1751-1772, editado por Denis Diderot. Grabado». Tomado de: <http://enccre.academie-sciences.fr/encyclopedia/planche/v28-x3?p=v28-g11&vp=y&>

Asesoría editorial, investigación,  
selección de textos e imágenes,  
edición y diseño gráfico

Mesa Estándar  
Juan David Díez  
Miguel Mesa  
Verónica Montoya

Corrección de estilo y cuidado  
de la edición

Catalina Trujillo-Urrego

Impresión

Taller Artes y Letras S. A. S.

ISBN

978-958-53746-9-0

Primera edición, marzo de 2024  
Impreso en Colombia

Queda prohibida, sin la  
autorización escrita de los editores,  
bajo las sanciones establecidas en  
las leyes, la reproducción total o  
parcial de esta obra por cualquier  
medio o procedimiento.





ALPHABETS.													
No. 1.		No. 2.		No. 3.		No. 4.		No. 5.		No. 6.		No. 7.	
Egyptian.		Phœnician.				Palmyræan, Syro-galiléen.		Heb.		Nom.		Val.	
1	Ⲁ	Ⲁ	Ⲁ	Ⲁ	Ⲁ	Ⲁ	Ⲁ	Ⲁ	Ⲁ	Ⲁ	Ⲁ	Ⲁ	Ⲁ
2	Ⲃ	Ⲃ	Ⲃ	Ⲃ	Ⲃ	Ⲃ	Ⲃ	Ⲃ	Ⲃ	Ⲃ	Ⲃ	Ⲃ	Ⲃ
3				Ⲅ	Ⲅ	Ⲅ	Ⲅ	Ⲅ	Ⲅ	Ⲅ	Ⲅ	Ⲅ	Ⲅ
4	Ⲇ	Ⲇ	Ⲇ	Ⲇ	Ⲇ	Ⲇ	Ⲇ	Ⲇ	Ⲇ	Ⲇ	Ⲇ	Ⲇ	Ⲇ
5	Ⲉ	Ⲉ	Ⲉ	Ⲉ	Ⲉ	Ⲉ	Ⲉ	Ⲉ	Ⲉ	Ⲉ	Ⲉ	Ⲉ	Ⲉ
6	Ⲋ	Ⲋ	Ⲋ	Ⲋ	Ⲋ	Ⲋ	Ⲋ	Ⲋ	Ⲋ	Ⲋ	Ⲋ	Ⲋ	Ⲋ
7	Ⲍ	Ⲍ	Ⲍ	Ⲍ	Ⲍ	Ⲍ	Ⲍ	Ⲍ	Ⲍ	Ⲍ	Ⲍ	Ⲍ	Ⲍ
8	Ⲏ	Ⲏ	Ⲏ	Ⲏ	Ⲏ	Ⲏ	Ⲏ	Ⲏ	Ⲏ	Ⲏ	Ⲏ	Ⲏ	Ⲏ

### ALFABETO FENICIO

Antiguo alfabeto constituido por veintidós letras consonantes, de uso común en el mundo mediterráneo al ser difundido por los mercaderes fenicios. Sirvió de base a los alfabetos árabe y hebreo, y es fuente directa del alfabeto griego, y por lo tanto también del latín. El éxito del alfabeto fenicio se debe a su naturaleza fonética: cada sonido se representa con un signo o letra, esto hizo que la gente común pudiera aprender a escribir y a leer fácilmente, y acabó con el estatus de otros sistemas complejos de escritura que solo podían dominar los miembros de las jerarquías reales y religiosas. El pensamiento ilustrado junto con la ciencia, el humanismo y la razón tienen su origen en la alfabetización y la educación.

«Dominio Público. Nodot, a partir de Louis-Jacques Goussier. *Caracteres y alfabetos de lenguas muertas y vivas: Alfabetos antiguos y modernos, egipcio y fenicio*. Lámina v, volumen 2, 1763, Enciclopedia, 1751-1772, editado por Denis Diderot. Grabado». Tomado de: <http://enccre.academie-sciences.fr/encyclopedie/planche/v23-x19?p=v23-g94&vp=y&>

Este libro fue impreso en el Taller de Artes y Letras S. A. S. Medellín, marzo de 2024.

Para la formación de textos se utilizaron fuentes de la familia tipográfica *Sabon*, diseñada por Jan Tschichold en 1967. También se usó la fuente *Unit Pro*, diseñada por Erik Spiekermann y Christian Schwartz en 2003. El tiraje fue de 1.000 ejemplares impresos en papel Avena de 90 gramos.

**Lina Meruane** (Chile, 1970). Es escritora y doctora en Literatura. Su obra incluye dos colecciones de relatos y cinco novelas traducidas a doce lenguas, así como seis libros de ensayo sobre el cuerpo y la enfermedad, los feminismos y la cuestión palestina. Su obra ha sido reconocida con los premios Iberoamericano de Letras José Donoso (Chile), Metrópolis Azul (Canadá), Cálamo (España), Sor Juana Inés de la Cruz (México), Anna Seghers (Alemania), y becas de escritura de la Fundación Guggenheim (EE. UU), la NEA (EE. UU.) y la DAAD (Alemania), entre otros. Enseña escritura creativa en la Universidad de Nueva York.

Por invitación de Grupo SURA, en 2024 escribió *A los que no ven. Carta abierta a los enciclopedistas*, interesante reflexión suscitada a partir de la *Enciclopedia*, de Diderot.

